

# JUAN Y EL MAGO SAFI

Capítulo 1

## Un hombre misterioso



*Alejandro Castro Carvajal*



El camino de las fresas se me hacía interminable, pisaba sin mirar los inocentes tréboles de tres y cuatro hojas, creía que nunca alcanzaría la puerta para ponerme a salvo. Mientras corría y corría, entendí eso que alguna vez le escuché decir a la vecina Clotilde: “el corazón se me va a salir por la boca”. Como en las otras persecuciones, el miedo no me permitía hacer una de las cosas más naturales en un niño como yo: gritar. Con angustia oía las temibles pisadas del enorme animal, cada segundo más cerca de mí. Pero pensaba que era preferible escuchar algo. La

escena en silencio sería peor: el tigre estaría volando por los aires con las garras delanteras dirigidas hacia mi fuerte pero indefenso cuerpo. Hasta que sucedió; de repente, dejé de sentir el galope frenético de mi hambriento persecutor. Lo último que recuerdo fue la sombra que cubrió el camino de las fresas, las florecitas de papa, los tréboles de tres y cuatro hojas, y la puerta verde de la casa, todavía muy lejos para poder alcanzarla.

-¡Juuaaan, a levantarse! ¡Hora del ordeño! -escuché gritar a mi papá.

Ufff, pasó nuevamente -pensé-, qué alivio; esta vez el sueño terminó justo a tiempo. Pero... ¿qué haré cuando no tenga tanta suerte?

Así comienza mi historia, con una pesadilla terrible. Mi nombre es Juan, pronto cumpliré 11 años, y vivo con mi familia en una casa pequeña de la vereda Santa Sofía. Somos muchos aquí; están mis padres, mi hermana menor, a la que le decimos La Susana, las vacas, las gallinas y Oge el burro perezoso. También está la peña de Juaica, la quebrada secreta, el potrero de la montaña, la tienda de don Fidel y los amaneceres de hielo, que son todos distintos. Unos son rojos, otros amarillos, algunos son húmedos y muchos llegan con un viento que sopla desde lejos.

El de ese día habría de ser especialmente frío. Todavía era de noche y hubiera preferido quedarme cinco minutos más abrigado entre las cobijas, mirando las formas de los monstruos que todos los días veo en las vigas del techo. Pero no había remedio, tenía que saltar de la cama, la faena me esperaba.

-Juan, el chocolate se enfría -era la voz de mi papá desde la cocina-. Apúrate que debes despertar a ese burro mañoso que no se cansa de dormir.



Solo tomé medio pocillo de chocolate y salí lo más rápido que pude hacia la pesebrera. Encontré que Oge, aunque dormido, estaba incómodo, como si algo lo perturbara, como si... tuviera una pesadilla, imaginé.

Le acaricié el lomo, como lo hago desde el día en que, muy pequeño, lo trajeron a la finca. Me gusta sentir la lana tibia de su pelo entre mis dedos. Siempre me pregunto si Oge se reconfortará lo mismo que yo.

-Amigo, tenemos trabajo, llegó el momento de despertar -lo animé sin éxito.

Tuve, entonces, que ponerme enérgico y gritarle:

-¡Oge, basta ya, para de dormir que se hace tarde! ¡Hay mucho por hacer!

Con la molestia de quien sale de un mal sueño, Oge reaccionó, dio un brinco, tumbó un balde que alguien dejó en el piso y respiró con una profundidad conmovedora.

Le acomodé el lazo, monté las cantinas sobre su lomo e intenté hacer caminar el apacible animal. Finalmente, y después de esforzados intentos, logré que se moviera. Primero un paso, después otro; la escena no era nueva para los dos. Así fue que tomamos el camino que conduce al potrero de la montaña.

-Oge, amigo, ¿tú sabes qué será de ti cuando grande?  
-imaginé preguntarle al burro-. En cuanto a mí, ya lo he pensado. Me iré a la ciudad. No pienso quedarme aquí, haciendo lo mismo que mi padre y obedeciendo sus órdenes por el resto de mi vida. Tengo planes.



Oge, justo en ese momento, dando un cabezazo hacia la izquierda, cambió súbitamente de rumbo. Supuse que había entendido mis palabras y que, identificado con ellas, estaba protagonizando una rebelión: dejar de obedecerme. Lo cierto fue que haló la cuerda con tanta fuerza, que esta al fin se rompió. A pesar de mis llamados Oge persistió en su plan de desacato y con un trote que no le había visto nunca tomó un rumbo desconocido. Yo me quedé en el mismo lugar, enojado y sorprendido a la vez.

La luz del amanecer comenzaba a llenar el cielo de un color violeta, los mirlos y las torcazas daban inicio a su alegre concierto matinal, el aire de la mañana anunciaba la llegada de un nuevo día. Aceptando con calma las circunstancias emprendí la marcha y me interné en el bosque en busca de mi burro extraviado.



Había transcurrido apenas media hora cuando, escondida entre los árboles, descubrí una cabaña de madera y, muy cerca de ella, a Oge, quien bebía agua de un riachuelo con desconcertante calma.

-Oge, vamos amigo, ya está bien, ven acá -le dije en voz baja-. ¿Qué te está pasando hoy?

De repente y para mi sorpresa, escuché con claridad la voz de alguien que parecía ocultarse tras un árbol cercano al riachuelo donde Oge se refrescaba:

- Parece que hoy Oge esta más decidido que nunca a no obedecerte más, creo que se te está saliendo de las manos.

Temeroso, pero dominado también por una gran curiosidad, me acerqué y encontré a un hombre de la edad de mi abuelo, con ruana y sombrero, recostado contra el árbol.

-¿Por qué sabe el nombre de mi burro? ¿Quién es usted? -le pregunté.

- Buena pregunta: quién soy yo -me contestó el enigmático anciano-. Eso es lo que necesitamos resolver, pero primero debes saber quién es tu burro para poder saber quién eres tú.

-Yo ya sé quién es mi burro. Lo que no sé es por qué usted conoce su nombre -insistí.

-Sencillo, porque llevas gritando su nombre hace media hora -afirmó el viejo-. Lo que no creo es que lo conozcas realmente.

-Pero si lo conozco desde que nació -repliqué.

-Ciertamente está contigo desde hace mucho tiempo, pero ¿en verdad lo conoces? Si es así podrás describir bien a Oge, ¿no es verdad? -propuso el misterioso hombre.

-Por supuesto -acepté el reto-, Oge es un burro consentido, no come cualquier pasto, solo el más verde y blandito que encuentra, le encanta dormir, es muy perezoso y poco le gusta madrugar. Suele tener pesadillas y cuando eso sucede se despierta muy enojado.

-Parece que ese tigre lo tiene aterrado, ¿verdad? -afirmó el hombre.

-¡Sí Dios mío, es muy grande ese tigre! -exclamé.

Luego observé mejor al viejo, me quedé pensando y confundido le pregunté:



-¿Y cómo es que usted conoce ese tigre? No recuerdo haberle mencionado mi pesadilla. Además, estamos hablando de Oge, no de mí.

-¿Acaso son diferentes? -preguntó el anciano.

-Claro que somos distintos -respondí con determinación-. Pero dígame de una vez por todas, ¿quién es usted?

-Juan, mi nombre es Safi y te conozco bien. Mucho más de lo que te conoces a ti mismo.

Con los ojos muy abiertos y sorprendido con estas revelaciones, le pregunté:

-¿Y cómo sabe mi nombre?

-Eso no importa Juan -me dijo-, lo que más interesa ahora es si quieres deshacerte de ese tigre de una vez por todas.

-Por supuesto que sí -le contesté-. La verdad es que no me deja dormir.

-¿Te gustaría entrar a tomar un té con un poco de pan? -le escuché decir con una voz amigable.

-Sí, gracias -le dije, pensando en que me caería bien comer algo.

-Me alegra Juan, tengo un pan de maíz recién horneado que sé que te va a encantar. Y por Oge no te preocupes, está feliz comiendo ese pasto muy verde y blandito que tanto le gusta -terminó diciendo el viejo.

Fue así como entré a la cabaña del anciano que decía llamarse Safi, para resolver las preguntas que inquietaban mis pensamientos.



Autor: Alejandro Castro Carvajal

Edición: Germán Sánchez Pardo

Diseño: Rolando Rodríguez

Ilustración: Patricia Colorado


Agosto, 2020

*Juan y el Mago Safi* es una publicación mensual cuyas historias están inspiradas en las enseñanzas de la Escuela de Magia del Amor de Gerardo Schmedling.

Descubre los nuevos capítulos y los mensajes ocultos de *Juan y el Mago Safi*.  
Mantente en contacto con la Escuela de Magia del Amor.

Alejandro Castro Carvajal

 alecas2000@hotmail.com

 +57 315 2220168

 @alejandro\_castro\_c

 alejandro\_castro\_c